

No está el

C A J A L

—No te preocupes. Ya se enterarán. A lo mejor están acechando para verte cuando salgas y luego criticar. Es su costumbre.

La emoción de Nora es demasiado grande en aquel momento en el que sus padres acaban de dar la orden de marcha para preocuparse de cosa tan pequeña.

—¡Adiós, Nora, ya nos contarás!

—¡Que te diviertas!

—¡Adiós, adiós!

El auto gris se aleja sin levantar el menor ruido, marchando veloz, camino del puerto. Pocos momentos después recoge Nora, al descender del coche, la caricia de la noche estival que le ofrece, como rendido amante, el

aroma esplendoroso que brota del mar y llega hasta su rostro mezclado con la brisa que besa sus labios para depositar en ellos un salado sabor. Supone estar soñando. Se mece en el encanto de vagar por un mundo que crea al influjo de las notas musicales que llegan hasta ella, cuando ya una lancha motora los conduce hacia «Neptuno», en el que brillan cientos de luces como si fueran estrellas bajadas del cielo, junto a banderitas que ondean en sus colores chillones, presas por el capricho del viento. Gran animación; resplandor que obliga unos instantes a cerrar los ojos. Acordes musicales lánguidos, apacibles, como las mansas olas que besan al yate con suave chasquido.

A Nora le tiemblan un tanto las piernas, especialmente al entrar en el salón principal, en el que, como si estuviera presa en las redes de una quimera, contempla disfraces, brillo de joyas y de solapas de smoking... Su aturdimiento crece, aumenta enormemente cuando su padre exclama con alegría: «¡Mira, allí viene José Enrique!»

Música... murmullo de voces... colores, muchos colores cegando sus ojos como interminable procesión y un marino oye alegremente la abraza y le da dos sonoros besos en sus mejillas pálidas...

—¿Cómo estás, chiquilla?
Tiene que apoyarse contra la pared. Con supremo esfuerzo logra que sus labios esbozen una sonrisa, y bendice al dueño del yate, que, en unión de otros señores, se unen al grupo.

No se da cuenta de lo que hablan. Un nudo terrible le oprime la garganta. Quisiera llorar, llorar mucho para enterrar en lágrimas su desilusión. ¡Santo Dios! ¿Cómo era posible que José Enrique fuera aquel marino encorvado, enclenque y casi calvo? ¡Un hombre que tantas cosas preciosas sabía decir! Si no era viejo, al menos lo parecía... Y luego, tan chiquito, con un timbre de voz tan fino... ¡Qué fracaso si sus amigos lo supieran!

La animación es mucha y Nora logra escabullirse. Busca soledad en la que poder pensar. A su desilusión se impone la necesidad de encontrar un argumento que la deje en buen lugar ante los ojos de sus amigas. La música y la alegría que reina la hacen daño. ¡Dio mío! ¿Pero es posible?, se repite. ¿No habré soñado? Poco a poco recupera la calma. Ella... ya se acostumbraría; en cuanto a las otras, les contaría una historia bellísima en la que José Enrique, aquel José Enrique que todas soñaban, sería el protagonista. Después de todo, su primo no iba ni a permanecer un día junto a ellos... Y más apaciguado su espíritu, decidió volver al salón para recrearse en la animación de la fiesta.

—¡Hola, Noral! ¿Has visto ya a tu primo?

¡Cielo santo! Nora contiene una exclamación. ¡Emilia y su hermana cortejadas por dos muchachos! Muy monas ellas en su disfraz de diablo una, y de Colombine la otra, pero Nora no ve nada más que el diablo, el diablo en todo aquello...

—Sí, sí... —balbucea Nora.— Sí. Ahora mismo acabo de dejarle...

—¡Queremos conocerle!— exclaman ellas con algo de serena. Y la angustia envuelve a Nora, que promete ir a buscarlo en seguida.

Corre la chiquilla aturdida, perdida en el ajeteo de fiesta espléndida; y es el antifaz cuna de dos lágrimas rebeldes que brotaron cuando, mirando al cielo, encendido, suplicaba una solución. Al bajar los ojos tropezó con la arrogante figura de un oficial de Marina que, apoyado en la barandilla, fumaba tranquilamente en su pipa. La inspiración invade el cerebro de Nora.

—¡Señor! — exclama con angustia.

—¡Señorita! — contesta él atento y sorprendido a un tiempo.

—¿Quiere usted hacerme un favor?

El hombre se la queda mirando. A través del antifaz ve unos ojos muy brillantes, muy brillantes, que se clavan en los suyos con muda súplica.

—¿Un favor? ¿Muy difícil?

—No. Simplemente... Acompañarme y no extrañarse de lo que yo diga. Eso es todo.

—Bien. Pero pongo una condición—pequeña pausa y después—: que se quite el antifaz. Quiero verle la cara sin él.

—Cuando volvamos. ¡Sígame, capitán, por favor!

—Sonríe él un poco burlón pero la obedece. Avanzan por entre las parejas de baile, abriéndose paso rápidamente con peligro de tropezar con los camareros, que en grandes bandejas de plata ofrecen copas de licor.

Nora divisa a Emilia y su hermana. Triunfante, avanza cogida del brazo del marino, que ha prometido no extrañarse; y sonriente, orgullosa, presenta:

—Emilia y Nena Antúnez. Mi primo José Enrique.

—Lee Nora admiración en los ojos de sus amigas y después de un momento de sencilla conversación se aleja escoltada por su «primo», que, arrogante en extremo, es atento caballero de la chiquilla de guedejas de oro como el champán.

—Muchas gracias—balbucea ella, arreboladas las mejillas, lejos del tumulto de la fiesta. Y, fiel a la palabra dada, descubre su rostro.

El marino no dice nada. La mira, la mira... Y después, galante, se inclina ante ella para seguir luego tranquilamente fumando en su pipa contemplando al mar, que, apacible, es mudo testigo del bullicio que reina en «Neptuno».

...

Nora, en su gabinetito particular, explica seis días después y por centésima vez a sus amigas la fiesta en el yate. En sus ojos de ensueño se lee intensa emoción, reflejándose, mientras entornando los párpados susurra:

—Le encontré acodado sobre la barandilla mirando al mar mientras fumaba pensativo. Sus ojos se clavaron en los míos y en un instante nos dijimos cuanto teníamos pensado...

—La doncella anuncia:

Señorita, el profesor de Dibujo.

De un salto Nora se pone en pie. Apresuradamente se pasa el peine por la dorada cabellera, corre, vuela, ordenando su vestido mientras explica:

—Perdonadme, pero a don Gustavo no le gusta esperar.

—No comprendo cómo se te ha ocurrido aprender a dibujar—comenta Piluchi. Antes detestabas la Pintura.

No las contesta. Nerviosa,

impaciente, corre por el pasillo alfombrado. Entra como una tromba a la sala.

—¡Buenas tardes, capitán!—exclama saludando militarmente.

Gustavo rompe a reír, tendiéndole las manos.

—Mira, nenita, esto se va a acabar. No quiero ser más tu profesor de dibujo. Ya

Continúa en la pag. 46.)

